

XVI. Mientras duraba este desorden, la Señoría mandó cerrar el Palacio, reuniendo en él á los magistrados y no mostrándose en favor de ninguno de los dos bandos.

Los ciudadanos, especialmente los del partido de Lucas Pitti, viendo á Pedro de Médicis armado y á sus enemigos sin armas, comenzaron á pensar, no cómo atacarían á los de Médicis, sino cómo podrían hacerse amigos suyos.

Los principales de la ciudad, jefes de bandos, acudieron al Palacio y, á presencia de la Señoría, discutieron muchas cosas relativas al gobierno de Florencia y á la reconciliación de los partidos. Porque Pedro de Médicis, á causa de su mala salud, no podía asistir, fueron de común acuerdo á su casa, excepto Nicolás Soderini, que, después de recomendar sus hijos y su casa á su hermano Tomás, se retiró á una quinta suya para aguardar allí el término de aquellos sucesos, que consideraba fatal para él y dañoso para su patria.

Llegaron los demás ciudadanos á presencia de Pedro de Médicis y, el encargado de hablar por todos, se quejó de los desórdenes ocurridos en la ciudad, asegurando que la mayor culpa era de quienes primero habían tomado las armas; y, no adivinando lo que quería Pedro, que fué el primero en apelar á ellas, venían á saber su voluntad, para, si se acomodaba al bien de la ciudad, seguirla.

A estas frases contestó Pedro de Médicis que el primero que acude á las armas no es el responsable de los escándalos, sino el primero que da motivo para empuñarlas; y si recordaban cómo se habían portado con él, se admirarían menos de lo que había hecho para salvarse, porque verían que los conciliábulos nocturnos, las suscripciones y la determinación de quitarle sus derechos

de ciudadanía y hasta la vida, le habían obligado á armarse; y el no haber ido la gente armada á casa de sus enemigos, era señal manifiesta de que no tomó las armas para ofenderles, sino para defenderse. Añadió que no quería ni deseaba más que vivir en paz y seguridad, ni jamás había demostrado querer otra cosa, porque, al terminar la autoridad de la Balía, no pensó en ningún medio extraordinario para restablecerla, y estaba muy satisfecho con que los magistrados gobernaran la ciudad, contentándose con ello. Que debían recordar cómo Cosme de Médicis y sus hijos sabían vivir respetados en Florencia con la Balía y sin la Balía, y que en 1458 fueron ellos, y no la casa de Médicis, los que establecieron este poder extraordinario. Si ahora no lo querían, tampoco él lo deseaba; pero que esto no le satisfacía, por haber visto que se consideraban incompatibles con él en Florencia. Jamás hubiera creído ni pensado que sus amigos y los de su padre juzgaran no poder vivir en Florencia con él, no habiendo dado nunca otra señal de su presencia que la de su amor á la paz y tranquilidad.

Después dirigió sus palabras á Diotisalvi Neroni y sus hermanos, que estaban presentes, y les echó en cara con tono severo y lleno de indignación los beneficios que habían recibido de Cosme, la confianza que en ellos tenía y su grande ingratitud. Fueron tan sentidas sus palabras, que algunos de los oyentes se indignaron hasta el punto de haber matado á los Neroni, si Pedro de Médicis no les contuviera.

Terminó Pedro diciendo que aprobaría todo lo que ellos y la Señoría acordaran, y que sólo pedía vivir tranquilo y seguro. Hablaron después mucho de otras cosas, pero sin decidir nada, conviniendo en términos generales.

en la necesidad de reformar el gobierno y establecer nuevo orden de cosas.

XVII. Era entonces Confaloniero de justicia Bernardo Lotti y, sabiendo Pedro de Médicis que no podía contar con su amistad, parecióle inoportuno intentar cualquier reforma mientras aquél desempeñara el cargo, cosa de poca importancia, pues el término de su autoridad estaba cercano. Pero al llegar la elección de los Señores que debían ejercer el cargo en los meses de Septiembre y Octubre de 1466, fué elegido para la suprema magistratura Roberto Lioni, quien, inmediatamente que tomó posesión, estando lo demás preparado, llamó al pueblo á la plaza, hizo nueva Balía, que era toda del partido de Médicis, y ésta nombró todos los magistrados del mismo bando.

Tal suceso espantó á los jefes del partido enemigo. Maese Agnolo Acciajuoli se fugó á Nápoles, y Diotisalvi Neroni y Nicolás Soderini á Venecia. Quedó en Florencia Lucas Pitti, confiando en las promesas de Pedro de Médicis y en el nuevo parentesco que, por casamiento de una de sus sobrinas, había contraído con él.

Los fugados fueron declarados rebeldes, y dispersada toda la familia Neroni. Maese Juan Neroni, que era entonces arzobispo de Florencia, para huir de mayor mal, se desterró voluntariamente á Roma. A muchos otros ciudadanos los desterraron á diversos puntos, para donde partieron inmediatamente.

No bastó esto. Se ordenó una procesión para dar gracias á Dios por la conservación de la República y la unión de los ciudadanos y, durante esta solemnidad, prendieron y atormentaron á algunos florentinos, siéndole después varios de ellos muertos y otros desterrados.

Fué ejemplo notable en esta variación de las cosas Lucas Pitti, porque inmediatamente se conoció la diferencia de la victoria á la derrota, y de la honra á la deshonra. Su casa, frecuentada antes por numerosos ciudadanos, quedó en grandísima soledad. En las calles, los amigos y parientes, no sólo no le acompañaban, sino hasta temían saludarle, porque unos habían sido despojados de sus dignidades, otros de sus bienes, y todos igualmente amenazados. Los constructores del soberbio palacio que había comenzado, abandonaron la obra; los beneficios que anteriormente le hacían, se convirtieron en injurias; los honores en vituperio; muchos de los que le habían regalado algún objeto de gran precio, se lo reclamaban, á pretexto de que era un préstamo, y otros muchos que acostumbraban á elevarle hasta las nubes, motejábanle ahora de ingrato y violento.

Tal se pusieron para él las cosas, que se arrepintió, aunque tarde, de no haber dado crédito á Nicolás Soderini, y buscó pronto el medio de morir honrado con las armas en la mano, como preferible á vivir humillado en medio de sus enemigos victoriosos.

XVIII. Entre los desterrados empezaron los proyectos para reconquistar en Florencia la posición que no habían sabido defender.

Maese Agnolo Acciajuoli, que se encontraba en Nápoles, antes de pensar en ninguna otra cosa, quiso tentar el ánimo de Pedro de Médicis, para saber si podría reconciliarse con él, y le escribió una carta concebida en estos términos:

«Ríome de los caprichos de la fortuna, que convierte á su gusto los amigos en enemigos, y los enemigos en amigos. Recordarás que, cuando el destierro de tu padre,

estimando en más aquella injuria que mis peligros, fui también desterrado, y á punto estuve de perder la vida. Mientras viví con tu padre Cosme siempre honré y favorecí vuestra casa, y nunca tuve, desde que murió, propósito de ofenderte.

»Verdad es que tu naturaleza enfermiza, y la tierna edad de tus hijos, me asustaron de tal suerte, que juzgué oportuno dar al gobierno forma á propósito para que, si morías, no se arruinara la patria.

»De aquí han nacido las cosas ocurridas, no contra ti, sino en beneficio de mi patria, en lo cual, si cometí error, merece, por mi buena intención y por mis actos pasados, que se olvide. No puedo creer, habiendo encontrado en mí tu casa por tanto tiempo tanta fidelidad, que me niegues ahora misericordia y que todos mis méritos los extinga una sola falta.»

Cuando Pedro de Médicis recibió dicha carta, respondió en estos términos:

«Tu risa es causa de que yo no llore, porque si tú rieras en Florencia, lloraría yo en Nápoles. Confieso que quisiste servir á mi padre, y tú confesarás que fuiste servido por él, de suerte que en nuestras respectivas obligaciones existía la diferencia que hay entre las palabras y los actos. Habiendo recibido tú la recompensa de tus servicios, no te debe maravillar el recibir el justo premio de tus daños. No te excusa el amor de la patria, porque nadie habrá capaz de creer que los Médicis aman y contribuyen á la prosperidad de Florencia menos que los Acciajuoli. Vive, pues, desacreditado en el destierro, ya que no has sabido vivir con crédito en Florencia.»

XIX. Desesperado, por tanto, Acciajuoli de alcanzar perdón, vino á Roma y, de acuerdo con el arzobispo de

Florencia y otros desterrados que allí vivían, hicieron todo lo posible por quitar el crédito comercial á la casa Médicis. Difícilmente pudo Pedro conjurar este peligro; pero, auxiliado por algunos amigos, inutilizó los esfuerzos de los desterrados.

Por su parte Diotisalvi y Nicolás Soderini procuraron con actividad excitar al Senado veneciano contra su patria, creyendo que, si era atacada por Venecia, por ser el gobierno nuevo y odiado, no podría sostener la guerra.

Encontrábase entonces en Ferrara Juan Francisco, hijo de Palla Strozzi, expulsado de Florencia con su padre, cuando los cambios ocurridos en 1434. Tenía éste gran crédito y entre los demás comerciantes fama de riquísimo.

Los nuevos rebeldes demostraron á Juan Francisco la facilidad de volver á Florencia cuando los venecianos emprendieran la guerra, y la probabilidad de que éstos la hicieran, si de algún modo se podía contribuir á los gastos, en cuyo caso era indudable.

Juan Francisco, que deseaba vengarse de las injurias recibidas, dió ingenuamente crédito á estos consejos, y prometió concurrir á aquella empresa con todos sus medios. Conseguido esto, fueron los conjurados al Dux de Venecia, quejándose á él de su destierro, causado no por otro error, según decían, que por haber querido que en su patria imperasen las leyes y que la gobernaran los magistrados y no unos cuantos ciudadanos; porque Pedro de Médicis y algunos de sus secuaces, acostumbrados á la vida de la tiranía, habían tomado las armas pérfidamente, se las hicieron deponer á ellos con engaño, y engañándoles también les arrojaron de su patria; que, no contentos con este proceder, emplearon la mediación

de Dios para oprimir á otros muchos que, confiando en las promesas hechas, habían permanecido en Florencia y, durante públicas y sagradas ceremonias y solemnes preces, para hacer á Dios cómplice en su infamia, fueron varios ciudadanos presos y muertos, dando con ello impio y nefando ejemplo. Afiadieron que, para vengarse, no veían á quién acudir más que al Senado veneciano, que, por ser siempre libre, debería compadecerse de que ellos hubieran perdido su libertad. Apelaban, pues, contra los tiranos á los hombres libres, contra los impíos á los piadosos, y si recordaban cómo la familia Médicis les había quitado el imperio de Lombardía, cuando Cosme, sin la aquiescencia de los otros ciudadanos, favoreció y socorrió á Francisco Sforza, ya que no les movese la justa causa que ellos defendian, deberían moverles el justo odio y el justísimo deseo de vengarse.

XX. Estas últimas palabras conmovieron á todo el Senado, el cual determinó que su general, Bartolomé Colione, atacara el Estado florentino. Reunióse aceleradamente el ejército (1467), al cual se unió Hércules de Este, enviado por Borso, marqués de Ferrara.

No estando aún los florentinos en estado de defensa, el ejército, en el primer ataque, quemó el burgo de Dovadola y causó algún daño en las comarcas próximas.

Expulsados de Florencia todos los enemigos de Pedro de Médicis, el gobierno hizo nueva alianza con Galeazzo, duque de Milán, y con el rey Fernando de Nápoles, y nombró su general á Federico, conde de Urbino. Cuando reunió estos aliados hizo menos caso de sus enemigos, porque el rey Fernando envió á su primogénito Alfonso, y Galeazzo vino en persona, cada uno de ellos con fuerza conveniente, acampando el ejército en

Castrocaro, fortaleza de los florentinos, situada en la falda de los Alpes que descienden de la Toscana á la Romaña.

Entretanto, los enemigos se habian retirado á Imola, habiendo entre ambos ejércitos, según las costumbres de la época, ligeras escaramuzas, sin que ni uno ni otro asaltaran ó sitiaran ninguna plaza, ni trataran de librarr batalla, pues cada cual estaba en sus tiendas, siendo dirigida aquella campaña con maravillosa cobardía.

Todo esto desagradaba mucho en Florencia, obligada á mantener una guerra costosa y de escasas esperanzas. Quejáronse los magistrados á los ciudadanos que eran Comisarios en aquella empresa, quienes respondieron ser causa de todo el duque Galeazzo que, por tener sobrada autoridad y poca experiencia no sabía tomar ninguna resolución útil, ni tenía confianza en los que podían tomarla, siendo, por tanto, imposible, mientras él estuviera en el ejército, lograr nada de provecho.

Los florentinos hicieron comprender al Duque que realmente les había prestado un gran servicio viniendo á ayudarles en persona, porque su fama sólo bastaba para asustar al enemigo; pero que estimaban mucho más su salud y la de su Estado que el provecho propio, porque, asegurada aquélla, todo lo demás sería próspero, y peligrando, temían las mayores adversidades. No juzgaban, pues, tranquilizador que estuviera mucho tiempo ausente de Milán, siendo nuevo en el gobierno de aquel Estado y teniendo vecinos peligrosos y potentes que, si maquinaban algo contra él, con facilidad podrían realizarlo. Por todo lo cual le aconsejaron que volviera á su Ducado, dejando parte de sus tropas para la defensa.

Agradó á Galeazzo el consejo y, sin dilación, volvió á Milán.

Libres de este impedimento los capitanes florentinos, para demostrar que era cierto el motivo alegado de las dilaciones, se acercaron más al enemigo, librando una ordenada batalla, que duró medio día, sin que ninguna de las partes alcanzara la victoria. No hubo en ella ningún muerto, sino algunos caballos heridos y algunos prisioneros de ambos lados.

Había llegado el invierno, época en que los ejércitos acostumbran á tomar cuarteles, por lo cual Bartolomé se retiró hacia Ravena y los florentinos á Toscana, yendo á sus respectivos Estados las tropas del rey de Nápoles y del duque de Milán.

Pero cuando se vió que, por este ataque, no había ocurrido movimiento alguno en Florencia, como prometieron los rebeldes florentinos, y que faltaba el dinero para pagar las tropas tomadas á sueldo, se negoció la paz y, sin grandes dificultades, fué ajustada (1468).

Privados, pues, los rebeldes florentinos de toda esperanza, fueron á varios puntos; Diotisalvi Neroni á Ferrara, donde el marqués Borso le recibió y mantuvo; Nicolás Soderini á Ravena, y allí, con corta pensión que le daban los venecianos, envejeció y murió.

Tuvo éste fama de hombre justo y valeroso, pero vacilante y lento en las resoluciones, lo cual hizo que, siendo Confaloniero de justicia, perdiera aquella ocasión de vencer, ocasión que, después de dejar el mando, quiso recuperar y no pudo.

XXI. Hecha la paz, el partido que quedó mandando en Florencia no creyó completa la victoria sino después de perseguir de todos modos á sus enemigos y

hasta á los sospechosos, y procuró que Bardo Altoviti, Confaloniero de justicia entonces, quitara nuevamente á muchos ciudadanos sus honores y desterrara á muchos otros, cosa que aumentó el poder de los victoriosos y aterró á los demás. Este poder lo ejercían sin consideración alguna, portándose de modo que parecía que Dios y la fortuna les habían entregado aquella ciudad á su discreción. De tales desmanes, pocos llegaban á oídos de Pedro de Médicis, y los que sabía, por causa de su enfermedad, quedaban sin remedio, porque, tullido de todos sus miembros, sólo podía valerse de la lengua; y con ella reprenderles ó suplicarles que vivieran honradamente y prefiriesen la salud de la patria á su destrucción.

Para alegrar la ciudad determinó celebrar magníficamente la boda de su hijo Lorenzo con Clarice, de la casa Orsini, y en efecto, se verificó con la pompa y magnificencia dignas de la riqueza y posición de los Médicis, empleando muchos días en bailes, festines y representaciones de asuntos antiguos. Añadióse á esto, para demostrar la grandeza de los Médicis y de Florencia, dos espectáculos militares: una batalla campal de caballería, y el asalto de una fortaleza; ejecutado todo con el mayor orden y habilidad.

XXII. Mientras ocurrían tales cosas en Florencia, el resto de Italia vivía en paz, pero con gran temor al poder de los turcos, que continuaban combatiendo á los cristianos, habiéndose apoderado de Negroponto, con no poca vergüenza y daño del nombre cristiano.

Murió entonces Borso, marqués de Ferrara, sucediéndole su hermano Hércules. Murió también Gismondo de Rimini, constante enemigo de la Santa Sede, y heredó su Estado su hijo natural Roberto, que llegó á ser en-

tre los generales italianos famosísimo. Murió el papa Paulo II, y fué elegido sucesor Sixto IV, que se llamaba antes Francisco de Savona, hombre de humildísimo origen que llegó á ser, por su virtud, general de la Orden de San Francisco y después cardenal.

Fué este Papa el primero que empezó á mostrar el gran poder del Pontificado, y cómo muchas cosas, que anteriormente eran calificadas de errores, podían cubrirse con la autoridad pontificia.

Entre su familia tenía á Pedro y Jerónimo, quienes, en opinión general, eran hijos suyos, pero él daba á su parentesco nombre más honesto. A Pedro, que era fraile, le hizo cardenal, con el título de cardenal de San Sixto, y á Jerónimo le dió la ciudad de Forli, quitándosela á Antonio Ordelaffi, cuyos ascendientes habían sido Señores de ella hacia largo tiempo.

Esta ambiciosa manera de proceder le acreditó con los Señores de Italia, queriendo cada cual hacerse amigo suyo. Para ello el duque de Milán dió á su hija natural Catalina por mujer á Jerónimo, y en dote la ciudad de Imola, de la que había despojado á Tadeo Alidosi.

El citado Duque y el rey Fernando de Nápoles contrajeron nuevo parentesco, porque Isabel, hija de Alfonso, primogénito de Fernando, casó con Juan Galeazzo, primogénito del duque de Milán.

XXIII (1469). Vivíase, pues, en Italia con bastante tranquilidad, y el mayor cuidado de los príncipes era el de observarse mutuamente y asegurarse unos de otros con alianzas matrimoniales y tratados de coalición.

Pero, en medio de ésta paz, Florencia era grandemente desolada por sus propios hijos, sin que Pedro de Médicis, por su dolencia, pudiera reprimir los excesos. Sin

embargo, para descargo de su conciencia, y ver si podía avergonzar á los autores de los abusos, los reunió en su casa, y hablóles en estos términos:

«Jamás creí que pudiera llegar tiempo en que los actos y procedimientos de mis amigos me hicieran amar y desear á los enemigos y preferir á la victoria la derrota, porque creía tener á mi lado hombres que en sus pasiones tuvieran límite ó medida, y á quienes bastaría vivir en su patria seguros, honrados y vengados de sus enemigos. Pero ahora comprendo cuán engañado he vivido largo tiempo, por no conocer la natural ambición de todos los hombres, y menos la vuestra; porque no os basta ser los primeros en una ciudad tan importante, y repartir entre vosotros, siendo pocos, los honores, dignidades y cargos lucrativos, que antes se distribuían entre muchos ciudadanos; no os basta haber dividido entre vosotros los bienes de vuestros enemigos; no os basta agobiar á todos los demás con las cargas públicas, y vosotros, libres de ellas, tener todas las públicas utilidades, que os es, además, preciso afligir á cada ciudadano con toda clase de vejaciones.

»Quitáis sus bienes al vecino, vendéis la justicia, y os sustraéis á los tribunales; oprimís á los hombres pacíficos y exaltáis á los audaces. No creo que haya en toda Italia tantos ejemplos de violencia y de avaricia cuantos se ven en esta ciudad. ¿Nos ha dado la vida nuestra patria para que se la quitemos á ella? ¿Nos ha hecho victoriosos para que la destruyamos? ¿Nos honra para que la llenemos de ignominia?

»Os prometo, por lo más sagrado entre hombres de bien, que si continuáis obrando de modo que me tenga que arrepentir de haber vencido, me he de portar de tal

suerte que os arrepintáis de haber abusado de la victoria.»

La respuesta de aquellos ciudadanos fué acomodada á las circunstancias y al lugar en que estaban; pero continuaron sus abusos y vejaciones, tanto, que Pedro de Médicis hizo venir secretamente á Agnolo Acciajuoli á Cafaggiuolo, y habló con él detenidamente de las condiciones en que estaba Florencia, no dudándose de que, á no impedirlo su muerte, habría llamado á todos los desterrados, para que, al volver á la patria, refrenaran la rapina de los de dentro.

Á este honradísimo proyecto se opuso la muerte, porque, agobiado por la enfermedad del cuerpo y las angustias del ánimo, falleció á los cincuenta y tres años de edad.

La virtud y bondad de Pedro de Médicis no las pudo conocer su patria por completo, por haber vivido casi hasta el término de su vida al lado de su padre Cosme, y porque los pocos años que le sobrevivió pasólos enfermo y atendiendo á discordias civiles.

Fué enterrado Pedro en la iglesia de San Lorenzo, junto á su padre, haciendo sus exequias con la pompa que tan gran ciudadano merecía. Dejó dos hijos, Lorenzo y Julián, cuya juventud alarmaba á todos los ciudadanos, aunque ambos daban esperanza de ser utilísimos á la República.

XXIV. Desde hacia largo tiempo figuraba en Florencia, entre los principales miembros del gobierno, maese Tomás Soderini, cuya prudencia y autoridad, no sólo en Florencia, sino de todos los Señores de Italia, era conocida. Desde la muerte de Pedro, todos los ciudadanos fijaron su atención en Soderini, y muchos le visitaban

considerándole jefe de la ciudad, escribiéndole además no pocos príncipes; pero él, que era prudente, y que conocía muy bien su fortuna y la de la casa Médicis, no contestó á las cartas é hizo comprender á los ciudadanos que no era su casa, sino la de Médicis, la que debían visitar; y para demostrar con hechos lo que decía, reunió los principales de las familias nobles en el convento de San Antonio, haciendo ir allí á Lorenzo y Julián de Médicis, y pronunció largo y notable discurso sobre las condiciones en que estaba la ciudad y toda Italia, y el carácter é intereses de los príncipes, deduciendo que, si querían vivir unidos y en paz en Florencia, y seguros de discordias intestinas y guerras exteriores, era preciso mantener la autoridad de aquellos dos jóvenes y de la casa Médicis, porque á nadie duele seguir haciendo lo que tiene por costumbre, y las novedades se acogen con tanta prontitud como se abandonan; siendo siempre preferible mantener un poder constituido que, por el transcurso del tiempo acaba con las envidias, á crear uno nuevo que, por muchísimas causas, puede ser fácilmente destruído.

Después de Soderini habló Lorenzo de Médicis, y, á pesar de su juventud, con tanta gravedad y modestia, que infundió en todos la esperanza de que llegaría á ser lo que en efecto fué. Antes de separarse prometieron bajo juramento los ciudadanos allí reunidos considerar á Lorenzo y Julián de Médicis como hijos suyos y éstos á ellos como padres.

Tomado este acuerdo, Lorenzo y Julián fueron honrados como jefes del Estado, y no se apartaron de los consejos de Tomás Soderini.

XXV. Viviendo, por tanto, en completa paz dentro y fuera de Florencia, sin guerra alguna que perturbara

la tranquilidad, se produjo inesperado desorden, como presagio de futuros daños.

Entre las familias pertenecientes al partido de Lucas Pitti, que habían sido arruinadas, figuraba la de Nardi, porque Silvestre y sus hermanos, jefes de ella, fueron primero desterrados, y después, por la guerra que promovió Bartolomé Colione, declarados rebeldes.

Entre éstos se encontraba Bernardo, hermano de Silvestre, joven audaz y valeroso que, no pudiendo, por la pobreza, sufrir el destierro, ni viendo, por la paz hecha, medio posible de volver á su patria, determinó intentar algo que fuera motivo de nueva guerra; porque muchas veces de motivos pequeños nacen grandes resultados, á causa de que los hombres están más dispuestos á seguir una empresa comenzada, que á promoverla.

Tenía Bernardo Nardi muchas relaciones de amistad en Prato, y en el condado de Pistoya muchísimas, especialmente con la familia Palandra, numerosa en hombres, y que, como campesinos, y al igual de los demás de la comarca de Pistoya, se habían educado en los combates y con las armas en la mano. Sabía que estaban descontentos, porque los magistrados de Florencia aprovechaban sus discordias para maltratarles. Conocía también el disgusto de los de Prato, porque les gobernaban con altanería y avaricia, y que algunos eran enemigos de la dominación florentina.

Todo esto le infundía la esperanza de encender un fuego en Toscana, promoviendo la sublevación de Prato, que, por los muchos que acudirían á alimentarlo, no pudiesen los florentinos apagarlo cuando quisieran.

Manifestó sus proyectos á Diotisalvi Neroni, preguntándole con qué socorros de los príncipes podría

contar, por su mediación, si la empresa de Prato tenía buen éxito.

Pareció á Diotisalvi el proyecto peligrosísimo y casi seguro el fracaso; pero, deseando intentar de nuevo fortuna con peligro ajeno, le animó á realizarlo, prometiéndole auxilio inmediato de Bolonia y Ferrara, siempre que pudiera defenderse en Prato á lo menos quince días.

Confiado en esta promesa, Bernardo Nardi fué ocultamente á Prato (1470) y dió cuenta del proyecto á algunos pratenses, encontrándoles muy dispuestos á realizarlo. Igual deseo, y ánimo conoció en los de la familia Palandra. Convenido el momento y forma de estallar la rebelión, dió Nardi cuenta de todo á Diotisalvi.

XXVI. Era podestá de Prato, á nombre del pueblo florentino, César Petrucci. Tienen por costumbre los gobernadores de plazas fuertes guardar las llaves de las puertas en su casa, y algunas veces, sobre todo en épocas tranquilas, cuando algún ciudadano las pide para salir ó entrar de noche, las dan.

Bernardo Nardi, que sabía esta costumbre, se presentó al amanecer con los de Palandra y unos cien hombres armados en la puerta que mira hacia Pistoia, y los que le esperaban dentro se armaron. Uno de éstos pidió al Podestá las llaves fingiendo que uno del pueblo deseaba entrar en él. El Podestá, que nada sospechaba, mandó con ellas á un dependiente suyo, al cual, cuando estuvo lejos del Palacio, se las quitaron los conjurados, y abierta la puerta entró Nardi con su gente. Por acuerdo con los de dentro, se dividieron en dos grupos; uno de ellos, al mando del pratés Silvestre, ocupó la ciudadela; y el otro, con Nardi, tomó el Palacio, confiando á algunos de los suyos la guarda de Petrucci y de toda su familia. Des-

pués se repartieron por las calles gritando *libertad* para excitar al pueblo á la rebelión.

Ya era de día y, al oir aquel alboroto, muchos ciudadanos acudieron á la plaza. Allí supieron que la ciudadela y el Palacio estaban ocupados, y el Podestá con su familia presos, admirándose de que ocurriera tal suceso, cuya causa ignoraban.

Los Ocho ciudadanos que formaban el Consejo Supremo de esta población se reunieron en el Palacio para acordar lo que debían hacer; pero Nardi, que con los suyos anduvo algún tiempo por las calles sin que nadie se les uniera, al saber que los Ocho estaban reunidos, se presentó á ellos y les dijo que aquella empresa tenía por objeto librarse á ellos y á su patria de la servidumbre, ponderándoles la gloria que adquirirían los que, tomando las armas, le secundaran, conquistando así paz perpetua y eterna fama. Recordóles la antigua libertad que tenían y su actual situación; les anunció seguro auxilio con tal que resistieran poquísimos días á las fuerzas que los florentinos pudieran reunir contra ellos y aseguró contar con partidarios en Florencia, lo cual se vería tan pronto como allí supieran que Prato estaba por él.

Esta arenga no conmovió el ánimo de los Ocho, quienes respondieron no saber si Florencia vivía libre ó sierva, porque no les importaba, pero que sabían bien que ellos no deseaban otra libertad que la de servir á los magistrados gobernadores de Florencia, de quienes no habían recibido injurias que justificaran tomar las armas contra ellos. Por tanto, le aconsejaban que dejara en libertad al Podestá y libre á la población de su gente, alejándose pronto del peligro á que se exponía con tan poca prudencia.

No alarmaron á Nardi estas palabras, determinando ver si el miedo hacía más efecto en los habitantes de Prato que los ruegos. Para asustarles pensó matar al podestá Petrucci, y sacado de la prisión, mandó que lo ahorcaran en un balcón de Palacio. Estaba ya Petrucci junto al balcón con la cuerda al cuello, cuando vió á Nardi que mandaba apresurar la muerte. Volviéndose á él, le dijo :

«Bernardo, mandas matarme creyendo que después te seguirán los de Prato, y sucederá lo contrario, porque el respeto que este pueblo tiene á las autoridades que envía el pueblo de Florencia es tal, que al ver el ultraje de que soy víctima, te odiará y conseguirá tu ruina. No mi muerte, sino mi vida es la que puede proporcionarte la victoria, porque si yo les mando lo que tú quieras, más fácilmente obedecerán á mí que á ti, y oponiéndome yo á tus órdenes, ellos también lo harán.»

A Nardi, que no sabía qué partido tomar, pareció bueno aquel consejo, y mandó que, asomado Petrucci á un balcón de los que daban á la plaza, ordenase al pueblo obedecerle; hecho lo cual, volvió á la prisión Petrucci.

XXVII. La debilidad de los conjurados era ya notoria, y muchos florentinos que habitaban en Prato se habían puesto de acuerdo. Entre ellos estaba Jorge Ginori, caballero de Rodas, que fué el primero en acudir á las armas contra los rebeldes. Atacó á Nardi, que andaba por la plaza, unas veces rogando y otras amenazando, para que le siguieran y obedecieran, acometiéndole con tal ímpetu con muchos que le seguían, que le hirieron y prendieron.

Hecho esto, fué cosa fácil librarse al Podestá y vencer

á los demás conjurados, porque siendo pocos y divididos en grupos, casi todos perecieron ó quedaron presos.

Entretanto, había llegado á Florencia la noticia del suceso grandemente exagerada. Deciase que estaba tomado Prato, el Podestá y su familia muertos y llena de enemigos la ciudad; que Pistoia estaba en armas y, muchos florentinos comprometidos en aquella conjuración.

Inmediatamente acudieron al Palacio muchos ciudadanos para consultar con la Señoría.

Estaba entonces en Florencia Roberto de San Severino, general famoso, y se acordó fuera con la gente que pudiese reunir á Prato, recomendándole aproximarse á la plaza y, dando detallada noticia de lo ocurrido, hiciera lo que su prudencia le aconsejase.

Apenas había pasado San Severino del castillo de Campi, cuando le encontró un enviado de Petrucci, diciéndole que Nardi estaba preso, sus parciales muertos ó huídos, y restablecida la tranquilidad. En vista de ello volvió á Florencia donde, á los pocos días, fué conducido Nardi, é interrogado por el magistrado acerca de los verdaderos medios de la empresa, y haciéndole observar que eran muy débiles, dijo que la emprendió porque, decidido á morir en Florencia más bien que á vivir desterrado, quería hacer memorable su muerte con algún suceso importante.

XXVIII. Sofocado casi al nacer este desorden, volvieron los ciudadanos á su vida acostumbrada, creyendo poder gozar, sin alarmas, del orden de cosas que habían establecido y afianzado. De ello nacieron en Florencia los males que muchas veces engendra la paz, porque los jóvenes, más independientes que de costumbre, hacían excesivos gastos en trajes, convites y orgías y, viviendo

ociosos, consumían el tiempo y su fortuna en el juego y con las mujeres. Su único estudio consistía en la esplendidez del vestido y en la agudeza del lenguaje, y el que más diestramente satirizaba á los demás era más ingenioso y estimado. Estas malas costumbres las viciaron más los cortesanos del duque de Milán, que con su esposa y toda su corte vino á Florencia para cumplir, según decía, un voto (1471), donde fué recibido con la pompa adecuada á un príncipe tan exelso y tan amigo de Florencia.

Vióse entonces lo que no se había visto nunca en nuestra ciudad: que, estando en Cuaresma, cuando la Iglesia prohíbe comer carne y manda ayunar, los cortesanos del Duque, sin respeto á la Iglesia ni á Dios, se alimentaban con carne.

Hiciéronse muchas fiestas en honra del Duque, y dentro de la iglesia del Espíritu Santo se representó la bajada del Espíritu Santo á los Apóstoles, causando el mucho fuego que con tal solemnidad se hizo, el incendio del templo. Para muchos fué este incendio señal de la indignación que Dios había querido demostrar contra nosotros.

Si el Duque encontró en Florencia costumbres afeminadas y contrarias á una vida ordenada y buena, la dejó mucho peor, por lo cual los ciudadanos de recto ánimo opinaron que era necesario refrenar tales excesos, y con nuevas leyes pusieron término al lujo en el vestir, en las pompas fúnebres y en los convites.

XXIX. En medio de tan grande tranquilidad ocurrió un nuevo tumulto en Toscana. En el condado de Volterra encontraron varios de sus habitantes una mina de alumbre y, conociendo su valor, por tener quien con el

dinero les ayudase y con la autoridad les defendiera, se unieron á algunos ciudadanos florentinos y les dieron participación en los beneficios.

Como sucede siempre en estas cosas, al principio el pueblo de Volterra hizo poco caso; pero, sabida después la riqueza del descubrimiento, quiso poner tarde y sin el fruto el remedio que, de acudir con oportunidad, fácilmente hubiera conseguido.

Comenzaron á tratar la cosa en sus Consejos, afirmando no ser conveniente que una mina descubierta en terreno público se convirtiera en utilidad privada y, para resolver el asunto, mandaron comisionados á Florencia (1472). Sometido el negocio á la decisión de algunos ciudadanos, por ganarlos las partes interesadas ó por creerlo de justicia, fallaron que no tenía razón el pueblo volterrano al querer privar á algunos de sus ciudadanos del fruto de su trabajo é industria, perteneciendo, pues, la mina á los que la explotaban y no al pueblo; pero que convenía pagaran aquéllos á éste anualmente alguna cantidad de dinero en reconocimiento de dominio.

Este fallo, en vez de apaciguar los ánimos en Volterra, aumentó la agitación y los rencores, no hablándose de otra cosa en los Consejos y en toda la ciudad. La generalidad pedía lo que, en su opinión, le habían quitado; y los dueños de la mina querían conservar la posesión por haber descubierto aquélla, y porque después confirmó su derecho la sentencia de los florentinos.

En este altercado mataron á un ciudadano que allí tenía reputación, llamado Pecorino, y después á otros muchos partidarios suyos, saqueando y quemando sus casas y costando trabajo librarse de la muerte á los que des-

empeñaban allí cargo de Rectores á nombre de Florencia.

XXX. Cometidos estos atentados, determinaron ante todo enviar representantes á Florencia, para que hicieran saber á la Señoría que, si les mantenía en sus antiguos derechos, conservarían ellos la antigua dependencia.

Discutióse mucho la respuesta. Maese Tomás Soderini aconsejaba que se debía recibir la sumisión de los volterrano, cualesquiera que fuesen las condiciones, no creyendo oportuno promover un incendio tan inmediatō que podía comunicarse á Florencia, porque temía al carácter del Papa, el poder del rey de Nápoles, y no confiaba en la amistad de los venecianos ni en la del duque de Milán, por ignorar la fe que aquélla merecía y el valor de ésta, recordando la proverbial sentencia: «*Más vale mezquina paz que victoriosa guerra.*»

Por otra parte, Lorenzo de Médicis aprovechó la ocasión para demostrar lo que valían su talento y su prudencia en el consejo, estimulándole los que envidiaban la autoridad de Soderini. Opinó que se debía acometer la empresa de Volterra, porque, si los volterrano no eran castigados de un modo ejemplar y memorable, los demás, sin respeto ni temor á Florencia, harían lo mismo con cualquier motivo, por insignificante que fuera.

Resuelta la empresa, contestaron á los de Volterra que no podían pedir la observancia de disposiciones que ellos mismos habían infringido: por tanto, ó se entregaban al arbitrio de la Señoría, ó se les haría la guerra.

Al volver los comisionados con esta respuesta, preparáronse en Volterra á la defensa, fortificando la ciudad y demandando auxilio á todos los Príncipes italianos. Pocos les hicieron caso, porque sólo los de Siena y el Se-

ñor de Piombino les dieron alguna esperanza de socorro.

Los florentinos, por su parte, comprendiendo que la importancia de su victoria dependia de la rapidez, reunieron diez mil infantes y dos mil caballos, y, al mando de Federico, señor de Urbino, se presentaron en el condado de Volterra, ocupando fácilmente toda aquella comarca. Sitiaron después la ciudad que, situada en una altura casi por todos lados cortada á pico, no podia ser acometida sino por la parte donde está la iglesia de San Alejandro.

Los volterrano habian tomado á sueldo para su defensa unos mil hombres, quienes, al ver la valerosa expugnación de los florentinos, desconfiando de poder salvar la ciudad, eran lentos en la defensa y activísimos en las injurias que diariamente hacían á los habitantes; de suerte que estos infelices estaban combatidos por los enemigos de fuera, y oprimidos por los amigos de dentro.

Desesperando salvarse, empezaron á tratar de capitulación, no encontrando nada mejor que ponerse en manos de los Comisarios florentinos, quienes mandaron abrir las puertas, metieron en la ciudad la mayor parte del ejército, entraron en palacio donde estaban los Piores, y les ordenaron que volviesen á sus casas. Uno de ellos fué atacado en el camino por un soldado, que, en señal de desprecio, le despojó de lo que llevaba. Como los hombres son más inclinados al mal que al bien, fué esto principio de la pérdida y saqueo de la ciudad que, durante todo un día, quedó entregada al pillaje, no respetando á las mujeres ni los edificios religiosos. Los soldados, lo mismo los que habian combatido á Volterra que los que tan mal la defendieron, se repartieron los despojos.

La noticia de esta victoria produjo grandísima alegría

en Florencia y, porque la empresa se debía á Lorenzo de Médicis, que la había aconsejado, aumentó extraordinariamente su reputación.

Uno de sus más íntimos amigos recordó á Tomás Soderini el consejo que había dado, diciéndole: «¿Qué diréis ahora que Volterra está tomada?» A lo que respondió Tomás: «Paréceme perdida, porque teniéndola por acuerdo, os sería útil y segura; pero conquistada por la fuerza, en los tiempos adversos debilitará y perjudicará á la República, y en los pacíficos y favorables causará daños y gastos.»

XXXI (1473). En este tiempo, deseoso el Papa de que las posesiones de la Iglesia no se apartaran de su obediencia, hizo saquear á Spoleto que, á causa de los bandos que dividían á sus habitantes, se había rebelado. Despues, porque Ciudad del Castillo se rebeló también, la hizo sitiar. Era señor de Ciudad del Castillo Nicolás Vitelli, íntimo amigo de Lorenzo de Médicis, por lo cual éste le dió auxilio, que si no fué bastante para defender á Vitelli, fué suficiente para sembrar las primeras semillas de la enemistad entre el papa Sixto y los Médicis, las cuales produjeron poco después malísimos frutos. Y hubieran fructificado en seguida á no ocurrir la muerte de Fr. Pedro, cardenal de San Sixto, porque este prelado dió la vuelta á Italia, estando en Venecia y en Milán y, con pretexto de honrar las bodas de Hércules, marqués de Ferrara, andaba investigando los ánimos de los príncipes para averiguar cómo se hallaban respecto á los florentinos; pero al volver á Roma murió, no sin sospechas de que le envenenaran los venecianos, para privar del talento y de los servicios de Fr. Pedro al papa Sixto, cuyo poder temían.

Aunque de humildísimo origen, y después pobemente alimentado entre las paredes de un convento, cuando llegó Fr. Pedro á Cardenal mostró tanta soberbia y tan grande ambición, que no ya el cardenalato, el pontificado le parecía poco, pues no titubeó en celebrar en Roma un convite que, dado por un rey, hubiese parecido extraordinario, y en el cual gastó 20.000 florines.

Privado el papa Sixto de este ministro, prosiguió en sus proyectos con más lentitud. Sin embargo, renovada la liga entre los florentinos, los venecianos y el duque de Milán (1474), y dejando al Papa y al rey de Nápoles facultad para entrar en ella, Sixto IV y el Rey se aliaron, dando facultad á los otros príncipes para poder adherirse á esta alianza.

Veíase, pues, Italia dividida en dos grandes partidos, porque diariamente ocurrían motivos de odio entre las dos ligas, como el ocasionado por la isla de Chipre, á cuya posesión aspiraba el rey de Nápoles, y que ocuparon los venecianos, lo cual hizo que el Papa y el Rey estrecharan su unión.

Tenía entonces gran fama entre los generales italianos Federico, señor de Urbino, que había militado mucho tiempo á sueldo de los florentinos. Determinaron el Rey y el Papa, para que la liga enemiga no contara con este general, ganarse á Federico. El Papa le aconsejó y el Rey le rogó que fuera á verles á Nápoles. Obedeció Federico, con admiración y desagrado de los florentinos, que temían le sucediera lo mismo que á Jacobo Piccinino; pero ocurrió lo contrario, porque Federico volvió de Nápoles y de Roma colmado de honores y general de la liga del Papa y el Rey.

Ni el Rey ni el Papa dejaban de sondear los ánimos

de los Señores de la Romaña y de los sieneses, para hacérselos amigos y, mediante ellos, poder ofender mejor á los florentinos. Advirtiéndolo éstos, acudieron con los remedios oportunos, preparándose contra la ambición de sus contrarios. Para reemplazar á Federico de Urbino, tomaron á sueldo á Roberto de Rímini; renovaron la liga con los de Perusa, y se aliaron con el Señor de Faenza.

El Papa y el Rey alegaban como motivo de su malquerencia á los florentinos el deseo de apartarles de los venecianos y de unirles á ellos, porque el Papa juzgaba que la Iglesia no podía mantener su reputación ni el conde Jerónimo tener seguros sus Estados de la Romaña mientras durase la unión de florentinos y venecianos. Los florentinos, por su parte, sospechaban que, si querían enemistarlos con los venecianos, no era para contraer amistad con ellos, sino para poder maltratarles más fácilmente.

Dos años vivió Italia tranquila á pesar de estas sospechas y desconfianzas. El primer desorden que alteró esta paz fué pequeño, y ocurrió en Toscana.

XXXII. De Braccio de Perusa, capitán famosísimo, según dijimos varias veces, quedaron dos hijos, Odón y Carlos. Este era de corta edad, y aquél lo mataron los de Val de Lamona, como ya hemos dicho. Cuando llegó Carlos á edad de poder servir en el ejército, los venecianos, por la memoria de su padre y por la esperanza que en Carlos tenían, le tomaron á sueldo.

Había llegado por entonces el término de su compromiso con Venecia y no quiso renovarlo, determinando ver si con su nombre y la fama de su padre podía recobrar sus Estados de Perusa. De buen grado consintieron en

ello los venecianos, porque siempre, por tales innovaciones, solían aumentar su territorio.

Vino, pues, Carlos á Toscana, y encontró difícil lo de Perusa, porque estaba aliada con los florentinos; pero, deseoso de que su expedición produjera algo digno de memoria, atacó á los sieneses (1476); alegando que eran deudores suyos por servicios que su padre les había prestado en los asuntos de aquella República y quería ser pagado. La acometida fué tan violenta, que casi todo el dominio de Siena quedó en su poder.

Los de Siena al ver tal ultraje, y aficionados á pensar mal de los florentinos, creyeron que todo se había hecho con consentimiento de éstos, y se quejaron amargamente al Papa y al Rey. También enviaron embajadores á Florencia, que se dolieron de tan grande injusticia, indicando diestramente que, sin ser ayudado, no hubiese podido Carlos con tanta seguridad ofenderles. Los florentinos se excusaron, prometiendo hacer lo posible para que Carlos Braccio cesara de hostilizarles, y así lo ordenaron á Carlos según la demanda de los sieneses.

Quejóse Braccio, diciendo que los florentinos, al negarle auxilio, se privaban de una gran gloria y de una conquista considerable, puesto que en poco tiempo les hubiese dado la posesión de Siena y su territorio: ¡tan grande era la cobardía que había observado en los sieneses y tan mala su organización para la defensa!

Partió, pues, Carlos, entrando de nuevo á sueldo de los venecianos. Los de Siena, aunque libres de tanto daño por la mediación de los florentinos, quedaron indignadísimos contra ellos, porque no creían mereciese agradecimiento el librarles de un mal que ellos mismos les habían ocasionado.

XXXIII. Mientras las cosas se encontraban del modo dicho entre el rey de Nápoles y el Papa, y en Toscana, ocurrió un suceso en Lombardía de la mayor importancia, presagio de muchos males. Enseñaba en Milán la lengua latina á los jóvenes de las principales familias de aquella ciudad Nicolás Montano, hombre muy instruido y ambicioso. Bien porque detestara el modo de vivir y las costumbres del Duque, ó por otros motivos, en todos sus discursos inspiraba á sus discípulos odio al gobierno de un mal príncipe, llamando felices y gloriosos á aquellos que la naturaleza y su suerte les había hecho nacer en una república, y mostrando que todos los hombres famosos habían florecido en las repúblicas y no bajo el mando de los príncipes, porque aquéllas favorecen á los hombres de mérito, y éstos acaban con ellos, aprovechando las repúblicas la virtud y el valor de los ciudadanos y temiéndolo los príncipes.

Los jóvenes con quienes había adquirido mayor familiaridad eran Juan Andrés Lampognano, Carlos Visconti y Jerónimo Olgiato. Con ellos hablaba de las pésimas condiciones del Duque y de la infelicidad de ser gobernados por él; y tanta fué su influencia en el ánimo y la voluntad de aquellos jóvenes, que les hizo jurar librarián á su patria de la tiranía del Duque cuando la edad les permitiera hacerlo.

Este deseo, que siempre con los años crece, dominaba á los citados jóvenes. Las malas costumbres del Duque y las ofensas que particularmente les hizo, excitáronles á apresurar la ejecución.

Era Galeazzo libidinoso y cruel, y multiplicados ejemplos de ambas cosas le habían hecho odiosísimo, pues no le bastaba corromper á las damas nobles, sino que le

agradaba publicarlo; y no se contentaba con hacer morir á los hombres si la muerte no iba acompañada de algunos refinamientos de残酷. Sospechábábase de él que había muerto á su madre porque, pareciéndole que no era soberano mientras aquélla viviera con él, dispuso las cosas de modo que quiso ella misma retirarse á su dominio dotal de Cremona y, durante el viaje, atacada de súbita dolencia, falleció, por lo cual creyeron muchos que su hijo le había causado la muerte.

Había deshonrado el Duque á Visconti y á Olgiato abusando de mujeres de sus familias, y á Juan Andres no quiso darle posesión de la abadía de Miramondo, que el Papa había concedido á uno de sus parientes. Estas ofensas particulares avivaron en aquellos jóvenes el deseo de la venganza, librando á su patria de tantos males, y esperando que, si lograban matarle, les seguirían no sólo muchos nobles sino todo el pueblo.

Para convenir la forma de realizar su proyecto, se reunían muchas veces, sin que esto llamara la atención, por su antigua amistad. Hablaban siempre de su propósito y, para afirmarse en su resolución, golpeábanse en los costados y en el pecho uno á otro con los puñales envainados que destinaban á la ejecución. Discutieron el momento y el lugar. En el castillo de Milán no parecía seguro intentarlo; en la caza era incierto y peligroso; cuando paseaba por las calles de la ciudad, difícil y aventurado; en los festines, dudoso; por tanto, determinaron matarle durante las ceremonias de alguna festividad pública á que con seguridad acudiera y donde, con varios pretextos, pudieran reunir á sus amigos. Convinieron además en que si algunos de ellos, por cualquier motivo, tenían que quedarse en la corte,

los demás deberían asesinar al Duque con sus puñales.

XXXIV. Corría el año de 1476 y estaba próxima la fiesta de la Natividad de Cristo. Acostumbraba el Duque á visitar con gran pompa el día de San Esteban la iglesia de este mártir, y acordaron los conjurados que era este momento y sitio á propósito para realizar su intento.

Llegado el día del Santo, hicieron que se armaran algunos de sus más fieles amigos y criados, diciendo que iban en auxilio de Juan Andrés que, contra el deseo de algunos émulos suyos, quería llevar á sus posesiones las aguas de un acueducto; y, alegando el deseo de pedir licencia al Duque antes de partir, llevaron á la iglesia de San Esteban á los armados. Con diversos pretextos hicieron ir á dicho templo muchos otros amigos suyos, esperando que, muerto el Duque, les ayudarían en lo demás de la empresa.

Su propósito era, después de asesinar á Galeazzo, reunirse con los que llevaban armas é ir á los barrios de la ciudad donde más fácilmente sublevaran la plebe, armándola contra la Duquesa y los jefes del gobierno. Creían que el pueblo, por el hambre que le agobiaba, contribuiría de buen grado, tanto más, proyectando entregar á su discreción las casas de Cecco Simonetta, Juan Botti y Francisco Lucani, que eran los principales miembros del gobierno y, por tal vía, devolver la libertad al pueblo, quedando ellos seguros.

Tomada esta determinación y resueltos á ejecutarla, Juan Andrés y sus compañeros fueron á la iglesia temprano, oyeron misa juntos y después, dirigiéndose á la estatua de San Ambrosio dijo Juan Andrés. «*Patrón de nuestra ciudad, ya sabes nuestras intenciones y el objeto*»

*con que nos exponemos á tanto peligro; sé propicio á nuestra empresa, y demuestra, favoreciendo la justicia, que te desagrada la iniquidad.»*

En cuanto al Duque, que debía venir á la iglesia, hubo muchas señales de su futura muerte; porque, al llegar el día de San Esteban, púsose como de costumbre una coraza, y después repentinamente se la quitó, como si su vista ó su contacto le molestara; quiso oír misa en el castillo, y supo que su capellán había ido á San Esteban con todos los ornamentos de la capilla; determinó entonces que el obispo de Como celebrara la misa, y éste alegó fundados motivos que se lo impedian, de suerte que casi por necesidad fué á San Esteban; pero antes llamó á sus hijos Juan Galeazzo y Hermes y les abrazó y besó muchas veces, no pudiendo, al parecer, apartarse de ellos. Finalmente, resuelto á ir, salió del castillo y entre los embajadores de Ferrara y de Mantua se dirigió á la iglesia.

Entretanto los conjurados, para no infundir sospechas y huir del frío, que era grandísimo, estaban en una habitación del arcipreste de la iglesia, amigo de ellos y, al oír que venía el Duque, acudieron á la iglesia. Juan Andrés y Jerónimo se colocaron á la derecha de la entrada del templo y Carlos á la izquierda.

Entraron en la iglesia los que precedían al Duque, y en seguida entró éste, rodeado de gran multitud, como era natural que sucediera en tan pomposa solemnidad.

Los primeros en acometerle fueron Lampognano y Olgiato que, simulando abrir paso al Duque, se le acercaron y, sacando los puñales, que llevaban ocultos en las mangas, le hirieron. Lampognano le dió dos puñaladas, una en el vientre y otra en el cuello; Jerónimo le hirió

en el cuello y en el pecho. Carlos Visconti, por colocarse más próximo á la puerta y haber pasado adelante el Duque cuando le acometieron sus compañeros, no pudo herirle de frente; pero le dió dos puñaladas, una en el espinalo y otra en el hombro.

Tan prontas fueron las puñaladas, que el Duque cayó á tierra antes de que la gente advirtiera lo ocurrido, sin hacer ni decir más, al caer, que llamar una sola vez á la Virgen en su ayuda.

Tendido en tierra, se promovió un gran escándalo, viéronse muchas espadas desnudas, y, como sucede en los casos imprevistos, unos huían del templo y otros corrían hacia el tumulto sin saber lo que ocurría. Los que iban junto al Duque y le vieron caer muerto, conociendo á los asesinos, les perseguían.

De los conjurados, Lampognano, al querer salir fuera de la iglesia, se metió por entre las mujeres, que, según su costumbre, estaban sentadas en el suelo, y enredado y detenido por las faldas, le alcanzó y mató un moro, criado del Duque. También fué muerto Carlos Visconti por los que le rodeaban; pero Jerónimo Olgiato salió de la iglesia entre la multitud, después de ver matar á sus compañeros y, no sabiendo dónde huir, se fuó á su casa, no recibiéndole el padre y los hermanos; sólo la madre, compadecida de su hijo, le recomendó á un sacerdote, amigo antiguo de la familia, quien le puso sus hábitos y le llevó á su casa, donde estuvo dos días esperando ocurrir en Milán algún tumulto que le salvara; pero no sucedió así y, por temor de que le encontraran en donde estaba, quiso huir disfrazado; pero, reconocido, cayó en poder de la justicia, á la cual declaró toda la conjuración.

Contaba Olgiato veintitrés años, y murió tan animoso como cuando mató al Duque, porque teniendo ya desnudo el cuello y al verdugo delante cuchillo en mano para degollarle, dijo esta frase latina, porque era instruido: *Mors acerba, fama perpetua, stabit vetus memoria facti.*

Fué la empresa de estos infelices jóvenes secretamente tramada y ejecutada con intrepidez. Su pérdida dimanó de no encontrar en ninguno el auxilio que esperaban. Aprendan de este ejemplo los príncipes á vivir y á hacerse amar de modo que nadie espere su salvación en matarles, y aprendan los conspiradores cuán vano es confiar demasiado en que la multitud, aunque esté descontenta, les seguirá y apoyará en su empresa.

Este suceso asustó á toda Italia; pero mucho más los ocurridos poco después en Florencia que alteraron la paz reinante en Italia desde hacía doce años, como diremos en el siguiente libro, que empieza con la narración de escenas sangrientas y espantosas y termina de un modo triste y deplorable.

---